

La otra cara del héroe (con *El show de Truman* como fondo)

BASILIO CASANOVA

Universidad Complutense de Madrid

The Other Face of the Hero (with *The Truman Show* in the background)

Abstract

With the film *The Truman Show* as a background, we approach the theme of the hero's journey from an energetic or spiritual perspective. We resort to the metaphor of the ocean and the waves in Sufism, Hinduism and Buddhism to illustrate what Thich Nath Hanh calls *noumenic* and *phenomenal* dimensions. We associate the former with the "oceanic sensation" of which Freud speaks at the beginning of *Civilization and its Discontents* (1930). We argue that it is in *Beyond the Pleasure Principle* (1920) where we can find some of the clues that allow us to think of the question of human spirituality and its sources in terms of pure energy.

Key words: Oceanic sensation. Sufism. Hinduism. Buddhism. Entropy. Spiritual journey.

Resumen

Con el filme *El show de Truman* como fondo abordamos la temática del viaje del héroe desde una perspectiva energética o espiritual. Acudimos a la metáfora del océano y las olas en el sufismo, el hinduismo y budismo para ilustrar lo que Thich Nath Hanh llama dimensiones *nouménica* y *fenoménica*. Asociamos la primera de ellas con la "sensación oceánica" de la que habla Freud en el comienzo de *El malestar en la cultura* (1930). Sostenemos que es en *Más allá del principio del placer* (1920) donde se pueden encontrar algunas de las pistas que permitan pensar la cuestión de la espiritualidad humana y sus fuentes en términos de pura energía.

Palabras clave: Sensación oceánica. Sufismo. Hinduismo. Budismo. Entropía. Viaje espiritual.

ISSN. 1137-4802. pp. 51-59

*El show de Truman*¹

Cuando Truman Burbank descubre que los treinta años que lleva de vida han sido un montaje, una ficción, decide ocultarse de las cámaras de la televisión en el interior del mar, el lugar que más miedo le produce desde que, siendo todavía un niño, vio cómo su padre se ahogaba sin que pudiera hacer nada por evitarlo.

¹ La estructura de este artículo debe mucho a la del artículo de Jesús González Requena *Texto artístico, espacio simbólico (con El espíritu de la colmena como fondo)*. En *Trama y Fondo* n° 9, *El espíritu de la colmena*, Madrid, 2000.



Christof, el creador del show del que Truman es protagonista, se ha dado cuenta de que este viaja a bordo de un velero y da la orden de que tomen un plano de la que él mismo llama, un tanto irónicamente, "la imagen de nuestro héroe" al timón del Santa María. Como si de un nuevo Cristóbal Colón se tratase.

¿Qué tiene de heroico Truman? En un principio, el haber sido capaz de esconderse de las cámaras que lo grababan las veinticuatro horas del día dentro de ese inmen-



so plató de televisión que lleva por nombre Seahaven. La revelación (decepción) final tendrá lugar para él cuando la proa del barco en el que navega, y en el que esperaba abandonar definitivamente su encierro, se empotra contra las celestes paredes del plató.



Truman sube entonces las escaleras que conducen a la puerta de salida -exit.

Christof se niega a aceptar que su criatura pueda dejar Seahaven, le recuerda que tiene miedo, que él ha sido quien le ha visto crecer y que está seguro de que no

La otra cara del héroe (con *El show de Truman* como fondo)

t&f
53

hay mejor mundo para él que aquel en el que ha estado confinado hasta ahora.

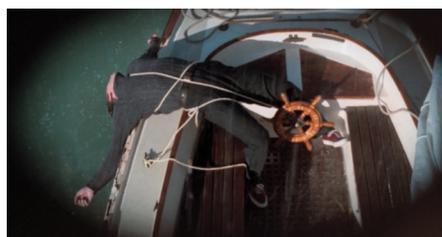
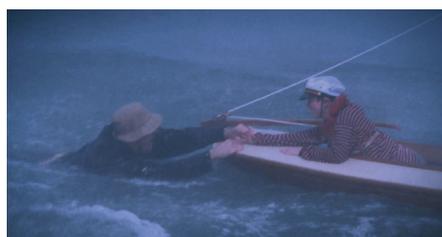
Para sorpresa del propio Christof, que pensaba que el pánico al agua le haría retroceder, Truman se despide y sale por esa puerta abierta a un mundo totalmente desconocido.

*En toda la larga secuencia marítima de *El show de Truman* resuena la traumática escena infantil en la que vio ahogarse a su padre. La escena final del filme, precisamente porque supone un retorno a esa escena a la que permanecía fijado el trauma, nos devuelve la posibilidad misma del héroe.*

Dicha existencia tiene que ver en este caso con la capacidad del protagonista para dejar atrás una existencia ficticia, dejar de ser una estrella de la televisión y salir de ese déjâ vu que ha sido hasta ahora su vida. Su padre y su madre han actuado a las órdenes del lunático Christof. El padre fingió ahogarse delante de su hijo, aunque más tarde se arrepienta de ello; la madre interpretó a la perfección el papel de alguien que finge querer a su hijo, al que llama "cariñosamente" su payasito. Puro fingimiento.

Antes de encontrar la salida final, Truman ha tenido que atravesar —pasar por— una fuerte tormenta provocada, como si de un Zeus loco se tratara, por el todopoderoso Christof, a quien vemos dar la orden de aumentar la velocidad del viento en la isla y provocar enormes olas en el mar.

Truman está a punto de morir ahogado, como en su día pensó que había muerto su falso padre, pero al final, y para sorpresa de todos —espectadores del show incluidos— consigue sobrevivir al fuerte oleaje. Se podría decir que con la ayuda esta vez de un ser auténticamente divino, el dios Poseidón.



El mar y las olas como metáforas en el sufismo, el budismo y el hinduismo

Como nos recuerda Fernando Mora, la metáfora del mar y las olas es utilizada por el sufismo, por el budismo y el hinduismo para mostrar “que la realidad absoluta no está desconectada del plano fenoménico”². Es decir:

“las olas no son más que las diferentes formas que asume el agua del océano y, en ese sentido, no pueden subsistir con independencia de este”³. Mora cita en esta ocasión a Haydar Amuli, un místico persa que vivió en el siglo XIV:

² MORA ZAHONERO, F. (2017). Metáforas no-duales en el budismo y el sufismo. En *El azufre Rojo IV*, p. 25.

³ MORA ZAHONERO, op. cit., p. 26.

⁴ *Ibíd.*, p. 26.

“Sabe que la existencia absoluta, o Dios, es como un océano sin límites, mientras que las cosas determinadas e individuales son comparables a las corrientes y olas innumerables”⁴.

Para Amuli las olas no son sino el mar, al igual que las cosas existentes no son sino el despliegue de la existencia absoluta.

Las olas, escribe, “no tienen una existencia separada; la verdadera existencia es sólo la del mar, y las olas están en un estado de destrucción y desaparición”⁵.

Y también:

Las olas son diferentes del mar en aquello que tienen de determinado y particular, pero no son diferentes de él desde el punto de vista de su esencia y de su realidad, es decir, en el sentido de que no son sino pura agua⁶.

El agua es para Amuli metáfora siempre del Absoluto.



Tumba de Haydar Amuli

⁵ HAYDAR AMULI, S. (2021). *Inner Secrets of The Path*. Ansariyan Publications (version Kindle).

⁶ MORA ZAHONERO, op. cit., p. 26.

⁷ MAHARSHI, R. (2006). *Conversaciones con Sri Ramana Maharshi*, Tomo I, www.bibliotecaespiritual.com.

Desde el hinduismo, Ramana Maharshi afirma que “todos saben que la gota se sumerge en el océano, pero pocos que el océano se sumerge en la gota”⁷.

Desde el budismo zen, Thich Nhat Hanh recurre a menudo a la imagen del océano y sus innumerables olas. Así, en *Volviendo a casa. El camino común de Buda y Jesús*, este monje vietnamita fallecido en 2022 habla de dos niveles, el nouménico –la verdadera naturaleza– y el fenoménico. Cuando decimos que una ola está

La otra cara del héroe (con *El show de Truman* como fondo)

t&f
55

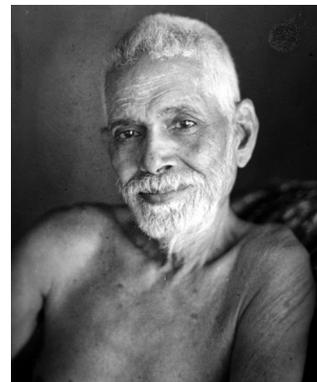
hecha de todas las otras olas, nos hallamos en el plano de los fenómenos. Cuando decimos que una ola está hecha de agua, el mundo de referencia es el del noúmeno. La mejor manera de percibir el mundo nouménico es percibiendo a fondo el fenoménico.

Dice Tich Nhat Hanh que si la ola sufre es porque ignora su verdadera naturaleza, que es estar hecha de agua. Solo es cuestión de que perciba que su naturaleza es el agua para que ese sufrimiento pueda convertirse en otra cosa. De la misma manera, los seres humanos sufrimos porque ignoramos nuestra verdadera condición. La verdadera naturaleza de la ola es el agua, como el Nirvana es la verdadera naturaleza del ser humano. El Nirvana en el sistema oriental, el Reino de los Cielos en el occidental cristiano, aclara Tich Nhat Hanh⁸.

En la tradición bön, el océano constituye una metáfora de la condición vacía, sin sustancia, de la conciencia pura o suelo originario. Las olas representarían el movimiento de la conciencia surgiendo de ese estado imperturbable⁹.

En el mundo budista, dice Fernando Mora, se enseña que la naturaleza de la experiencia es como el océano. El maestro tibetano Longchenpa afirma que “El agua en calma y el agua agitada por las olas son igualmente agua”¹⁰. En el sufismo el mar (la verdadera naturaleza de la mente) constituye una imagen de la existencia pura, incondicionada, mientras que las olas (pensamientos, sensaciones, emociones, etc.) lo son de la mente condicionada. Dios y su creación; la realidad absoluta y la relativa.

El océano comparece tanto en el universo sufí como en el budista como metáfora, pues, de nuestra condición última. En ese sentido cabría pensar que la sensación y el sentimiento oceánicos son la fuente primordial de la espiritualidad humana. A ello parecía referirse Romain Rolland en la famosa carta dirigida a Sigmund Freud, quien los describe así: “Un sentimiento que preferiría llamar sensación de *eternidad*; un sentimiento como de algo sin límites, sin barreras, por así decir *oceánico*”¹¹.



Ramana Maharshi



Thich Nhat Hanh

⁸ TICH NHAT HANH (2015). *Volviendo a casa. El camino común de Buda y Jesús*. Ediciones Oniro (versión Kindle).

⁹ “Bön is the name of the autochthonous religion of Tibet. Originally it denoted a variety of ritual traditions akin to shamanism, whose characteristic feature was the importance of reciting (‘bon pa) mantras”: *Visionary Encounters. The Dzogchen Teachings of Bönpo Treasure-Revealer Shense Lhaje* (Compilado, presentado y traducido del tibetano por Adrián CLEMENTE). Shambhala Publications, Colorado, 2016, p. 23.

¹⁰ MORA ZAHONERO, op. cit. p. 27.

¹¹ FREUD, S. (1930). *El malestar en la cultura. Obras completas*, Tomo XXI, Amorrortu editores, Buenos Aires, p. 65.

Para Freud esa sensación tiene el carácter más bien de “una visión intelectual”, aunque no despojada, eso sí, de “cierto tono afectivo”.

Freud reconoce en el comienzo de *El malestar en la cultura* (1930) no haber tenido nunca esa sensación de la que habla en su carta Rolland.

La dimensión energética del psiquismo humano

Debemos al autor de *La interpretación de los sueños* (1900) una de las más lúcidas exploraciones de la dimensión energética, vale decir también económica, de la psique humana.

Si *Truman se esconde en un momento dado de las cámaras*, el niño del que habla Freud en *Más allá del principio del placer* (1920) juega al escondite con un carrito de madera atado con un hilo. Estamos, dice Freud, ante el juego de “desaparecer y volver” y se pregunta a continuación cómo puede ser que una experiencia penosa —de displacer— como es la de la partida de la madre se convierta en un juego con el que el niño disfruta. Dicha pregunta lleva a Freud a interrogarse también por la tragedia clásica y por el goce que este “juego” para adultos proporciona.



La interpretación de los sueños, de Sigmund Freud.

Algo impulsa a repetir ese juego. Una *compulsión de repetición* que, afirma Freud, se instaura más allá del principio del placer. Algo pues más elemental, más originario e instintivo que dicho principio. Ahí es donde el goce encuentra precisamente su lugar.

Freud se topa de lleno con el empuje de la pulsión, a la que define así:

“Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior... una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica”¹².

12 FREUD, S. (1920). *Más allá del principio del placer*. *Obras completas*, Tomo XVIII, Amorrortu editores, Buenos Aires, p. 36.

13 *Ibíd.*, 39.

Lo que le lleva a este otro enunciado: “la meta de toda vida es la muerte”. A ello apunta la pulsión. Freud: “la vida pulsional en su conjunto sirve a la provocación de la muerte”¹³. Es en ese sentido que lo que llama *el factor pulsionante*, “no admite

aferrarse a ninguna de las situaciones establecidas, sino que, en palabras del poeta, «empuja, indomeñado, siempre hacia adelante»¹⁴.

14 *Ibíd.*, 42.

Si la compulsión a repetir es la causa de que el niño juegue a hacer aparecer y desaparecer –fort-da– el objeto amado, *es ella también la que hace que Truman regrese al agua del mar, el lugar del trauma*. La pulsión empuja a ello, como empujaba –porque lo real está sobre todo dentro– a los soldados que, tras la experiencia traumática de la guerra, sufrían pesadillas.

Se trata, por tanto, de una cuestión esencialmente energética.

La sensación oceánica y la pulsión de muerte

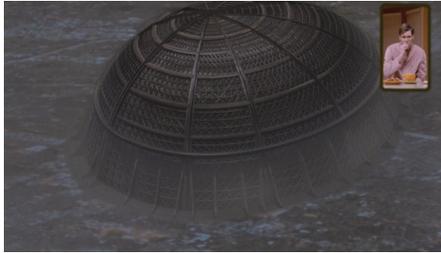
Cuando Romain Rolland suscita la cuestión de la sensación oceánica, Freud no se la plantea en términos energéticos, vale decir pulsionales. Lo que hace es remontarse hasta el origen del Yo, al narcisismo primario y a su restablecimiento sin límites. Un yo del que dice que originariamente lo contenía todo.

La clave, en términos de energía, quizá haya que buscarla en la obra de Freud de 1920 *Más allá del principio del placer*, donde introducir la pulsión de muerte supone introducir a la vez el principio de irreversibilidad. Porque es irreversible que la vida conduce a la muerte, que esta es su meta final y no hay vuelta atrás. La energía, como sostiene el primer principio de la termodinámica, ni se crea ni se destruye, sino que se transforma. El segundo principio postula la irreversibilidad de los fenómenos físicos como es el caso de la vida humana, asociada a la generación de entropía, es decir, de desgaste, disipación o desorden potencial; también a la de un total equilibrio. El paso de un estado de equilibrio a otro hace que la cantidad de entropía sea la máxima posible. La clave reside, pues, en el cambio mismo de estado y en el hecho, irreversible, de que la entropía aumente.



Romain Rolland

Solo cuando Truman Burbank se atreve a volver al mar, solo cuando toma esa irreversible decisión, surge la posibilidad del héroe. Porque el héroe es un ser



entrópico, abierto al cambio, que sabe del desgaste y de la pérdida. De la muerte.

A mayor entropía, mayor posibilidad también de evolución y de transformación. No otro es el significado griego del término *ἐντροπία*.

La conciencia de Truman, entonces, se abre y amplía. Su espacio psíquico ya no es el configurado por el asfixiante y escasamente entrópico plató televisivo de Seahaven, donde nada parecía cambiar.



El océano y las olas

Volvamos a la metáfora del océano y de las olas. Para Tich Nhat Hanh el agua y la ola constituyen una unidad. Pero la ola solo puede descubrir dicha unidad si acepta antes su condición: y es que, en tanto que ola, su destino es nacer y morir, su vida finita y el final irreversible. Solo profundizando en su condición fenoménica podrá llegar a descubrir que es agua, condición nouménica. Mientras se aferre a su condición de ola, se vea en otras olas y se compare con ellas, su unidad con el agua permanecerá velada para ella. No se trata de que la ola lo sea todo, sino que ella está en todo y todo está en ella porque está hecha de agua¹⁵.

¹⁵ Escribe Tich Nhat Hanh: "En el budismo existe el término *nirvana*. Es una especie de Padre. El nirvana es la clase de realidad que no puede describirse con nociones o palabras. El nirvana significa literalmente extinción, y aquí quiere decir la extinción de las nociones, conceptos, ideas y palabras, incluso de la palabra *nirvana* o *Padre*". TICH NHAT HANH, op. cit.

La sensación oceánica de la que habla Romain Rolland pasa, para la ola, por descubrir el océano que es cuando deja, sobre todo, de ser ola. Es decir: cuando no hay ya un espejo imaginario en el que pueda verse reflejada, ni imagen en la que poder identificarse —como ola.

La otra cara del héroe (con *El show de Truman* como fondo)

t&f
59

Esto hace de lo oceánico un ejemplo de máxima entropía. En términos energéticos, de cómo cuando algo irreversible como es la vida empieza, con ella, como nos recuerda Jean Renoir en la secuencia final de *El río*¹⁶, lo hace también el fin, es decir, la posibilidad misma de desgaste, pérdida o disipación.

Lo oceánico comparece, entonces, como posibilidad de transformación. De transformación y de sublimación, que es a lo que apunta en realidad la espiritualidad humana. En eso, después de todo, consiste también el viaje (espiritual) del héroe.

¹⁶ Al final de *El río* (*The river*, 1951), oímos decir a la voz enunciativa: *El río fluye y el mundo gira. El amanecer, la luz de las lámparas, la medianoche y el mediodía. El sol sigue al día; la noche a las estrellas y a la luna. El día finaliza y el fin comienza.*